

**UNIVERSIDAD DEL CEMA
Buenos Aires
Argentina**

Serie
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Economía

**FRENTE AL CORONAVIRUS, LA SOLUCIÓN ESTA
EN EL CONGRESO, NO EN LAS AULAS**

Edgardo Zablotzky

**Septiembre 2020
Nro. 753**

**www.cema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.html
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)
Editor: Jorge M. Streb; asistente editorial: Valeria Dowding <jae@cema.edu.ar>**

FRENTE AL CORONAVIRUS, LA SOLUCIÓN ESTA EN EL CONGRESO, NO EN LAS AULAS

EDGARDO ZABLOTSKY *

SEPTIEMBRE 2020

ABSTRACT

Han pasado más de seis meses desde el inicio de la cuarentena. Lo que en su comienzo fue una curiosa y extraña experiencia, se transformó en una costosa cotidianeidad. Es claro que frente a la tragedia humanitaria que estamos viviendo, la cuarentena, en sus inicios, fue una medida racional que generó notables beneficios, al facilitar el aislamiento social y ganar tiempo para que el gobierno se preparase para enfrentar el pico de contagios, con el fin de evitar las dantescas imágenes llegadas desde Italia y España. Por supuesto, la cuarentena también generó costos, los cuales han crecido exponencialmente conforme la misma se fue alargando. En educación los costos son inmensos, vivimos una tragedia educativa cuya magnitud se pierde en la cuenta cotidiana de nuevos contagios y muertes por el coronavirus. ¿Cómo no admitir, por ejemplo, que la vida de aquellos chicos de las familias más desfavorecidas económicamente está siendo irremediablemente afectada por no estar recibiendo educación de calidad, por causa de la pandemia? Es por ello que, respetando los razonables temores que muchos miembros de la comunidad educativa tienen al contagio, también se debe tomar en cuenta el interés de aquellos niños que están siendo condenados al peor de los futuros, pues quienes no están recibiendo hoy educación de calidad serán los desempleados de mañana. ¿Cómo evitar que nuestros niños y jóvenes se transformen en víctimas silenciosas del COVID-19, respetando la voluntad de numerosos padres que desean que sus hijos retornen a las aulas y otros tantos que desean no lo hagan, que sus hijos continúen educándose en forma virtual? Este paper propone y fundamenta una legislación que podría resultar ser insospechadamente beneficiosa para miles de niños y jóvenes que hoy no están recibiendo la educación de excelencia que es responsabilidad del Estado proveerles y que significaría su acceso a más y mejores oportunidades.

JEL classification codes: I28 (education, government policy)

Key words: coronavirus, COVID-19, pandemia, cuarentena, educación, DeVos

* Universidad del CEMA, Av. Córdoba 374, (1054) Buenos Aires, Argentina. Email: eez@ucema.edu.ar. Twitter: @edzablotsky. Web page: www.ucema.edu.ar/u/eez. Agradezco a Ambito Financiero, Clarín, El Cronista Comercial, El Economista, Infobae, La Nación, Perfil y la Revista Criterio, la posibilidad de publicar mis notas de opinión, y a Mercedes Colombres por sus innumerables sugerencias y correcciones de estilo, las cuales contribuyeron a una más clara exposición de cada una de ellas. Por supuesto, cualquier error o juicio de valor es de mi exclusiva responsabilidad. Los puntos de vista son personales y no representan necesariamente la posición de la Universidad del CEMA.

FRENTE AL CORONAVIRUS, LA SOLUCIÓN ESTA EL CONGRESO, NO EN LAS AULAS

EDGARDO ZABLOTSKY

SEPTIEMBRE 2020

“Creemos que las familias necesitan más opciones que nunca para encontrar que es lo más adecuado para sus hijos... Al final del día, queremos que todos los padres tengan la posibilidad de tomar la mejor decisión para sus hijos. Cada uno de ustedes necesita ser capaz de elegir lo que es mejor para sus propias familias, porque conocen a sus hijos y sus circunstancias mejor que nadie”.

Betsy DeVos, Agosto 2020¹

A. INTRODUCCION

Han pasado más de seis meses desde el inicio de la cuarentena. Lo que en su comienzo fue una curiosa y extraña experiencia, se transformó en una costosa cotidianeidad.

Es claro que frente a la tragedia humanitaria que estamos viviendo, la cuarentena, en sus inicios, fue una medida racional que generó notables beneficios, al facilitar el aislamiento social y ganar tiempo para que el gobierno se preparase para enfrentar el pico de contagios, con el fin de evitar las dantescas imágenes llegadas desde Italia y España.

Por supuesto, la cuarentena también generó costos, los cuales han crecido exponencialmente conforme la misma se fue alargando. En educación los costos son inmensos, vivimos una tragedia educativa cuya magnitud se pierde en la cuenta cotidiana de nuevos contagios y muertes por el coronavirus.

¿Cómo no admitir, por ejemplo, que la vida de aquellos chicos de las familias más desfavorecidas económicamente está siendo irremediablemente afectada por no estar recibiendo educación de calidad, por causa de la pandemia? Es por ello que, respetando los razonables temores que muchos miembros de la comunidad educativa tienen al contagio, también se debe tomar en cuenta el interés de aquellos niños que están siendo condenados al peor de los futuros, pues quienes no están recibiendo hoy educación de

¹ Betsy DeVos, “Letter to American Parents,” *The Detroit News*, Septiembre 2 de 2020.
<https://www.detroitnews.com/story/opinion/2020/09/01/opinion-betsy-devos-education-secretary-letter-america-parents-school-choices-covid-19-decisions/3445699001/>

calidad serán los desempleados de mañana, es imprescindible que la sociedad tome conciencia de ello.

¿Cómo evitar que nuestros niños y jóvenes se transformen en víctimas silenciosas del COVID-19, respetando la voluntad de numerosos padres que desean que sus hijos retornen a las aulas y otros tantos que desean no lo hagan, que sus hijos continúen educándose en forma virtual?

Este paper compila cronológicamente 19 notas que he publicado durante estos seis meses, desde aquel tan lejano marzo, en Ambito Financiero, Clarín, El Cronista Comercial, El Economista, Infobae, La Nación, Perfil y la Revista Criterio. En la primera sección se agrupan las columnas que se enfocan específicamente en el terreno educativo. El lector notará, conforme los meses van pasando, como las problemáticas educativas se van modificando. A modo de ilustración, la primera de las notas propone la suspensión de las clases (13/3/2020), una semana antes de oficializarse la misma, y la última (24/9/2020), al igual que varias de los últimos meses, propone su reapertura basada en razones tan válidas, como lo fue en su momento la suspensión de las clases.

La segunda sección agrupa las notas centradas en el contexto generado por la pandemia, lo cual provee un marco de análisis que nos ayuda a no analizar la problemática educativa independientemente de lo que sucede en el resto de la sociedad.

El paper concluye con una sección en la cual se propone y fundamenta una legislación que podría resultar ser insospechadamente beneficiosa para miles de niños y jóvenes que hoy no están recibiendo la educación de excelencia que es responsabilidad del Estado proveerles y que significaría su acceso a más y mejores oportunidades. Por ello, el paper postula que frente al coronavirus, la solución para nuestros chicos está en el Congreso, no en las aulas.

SECCION 1. EDUCACION

I. Suspender las Clases²

Clarín, Marzo 13 de 2020.

La crisis provocada por el coronavirus nos pone frente a la necesidad de tomar múltiples decisiones, las cuales habrían de generar beneficios, de contribuir a atenuar la gravedad de la emergencia que nos ocupa, pero también costos.

¿Suspender las clases en los distintos niveles? Es claro que la conveniencia del aislamiento social es innegable. Por otra parte, al día de hoy la mejor forma de enfrentar la expansión del virus es anticipándose. Una vez que el virus se instaló en una sociedad es mucho más difícil enfrentarlo. Italia es un claro ejemplo de ello.

¿Cuál es el costo de suspenderlas? A nivel secundario y universitario, perder días de clases. A nivel primario debemos sumarle el hecho que alguien debe cuidar a los niños y los abuelos, en esta oportunidad, serían la peor alternativa.

Comencemos por la potencial pérdida de días de clase. La misma podría ser mucho menor a lo que a primera vista nos imaginamos. Por ejemplo, desde el 1 de abril hasta el fin del año lectivo se podríamos eliminar 11 feriados, exceptuando Semana Santa y el 8 de diciembre. Si además se suprimen las dos semanas de vacaciones de invierno ganaríamos 10 días hábiles más. Un total de 21 días; es decir, ¡cuatro semanas de clases! Y ello sin tomar en cuenta los días de cursos de actualización docente, los cuales este año, dada la emergencia, podrían suspenderse.

Por ello, de seguirse una estrategia de estas características, se podrían suspender las clases desde el próximo lunes en todos los niveles durante un mes, culminar el año lectivo como está pautado y no perderse días de clase.

Es claro que la situación puede extenderse en el tiempo, pero de ser así tarde o temprano se suspenderán las clases, y frente al coronavirus es mucho más eficiente prevenir todo lo que esté a nuestro alcance, que enfrentarlo una vez que haya instalado en la sociedad.

Por supuesto, un costo adicional en cuanto a educación primaria y jardines de infantes es quién cuidará a los chicos en el caso que ambos padres trabajen, dado que los abuelos no deben hacerlo. Para esos casos los colegios deberían abrir sus puertas como virtuales guarderías, de tal forma que los chicos reciban el cuidado adecuado pero que no se dicten clases.

² Los links a las notas se encuentran agrupados al final del documento.

Con estas medidas se favorecería notablemente el aislamiento social de convencerse a las familias y, fundamentalmente a los adolescentes y jóvenes adultos, de la responsabilidad que ello implica. Para una generación que afortunadamente tiene una importante conciencia social, como lo vemos en su defensa del medio ambiente, con una adecuada difusión, ello dista de ser imposible.

No existe peor enfermedad que el miedo que inmoviliza, por eso de tomarse una medida de esta naturaleza, lejos de generar una sensación de mayor pánico, contribuiría a cuidar la salud de todos y, fundamentalmente, a que la sociedad tome conciencia de la gravedad del tema. Por otra parte, no generaría un costo por la pérdida de días de clase.

En virtud de ello, yo no dudo que vale la pena llevarlo a cabo.

II. Coronavirus. Para Levantar la Cuarentena, las Escuelas y Jardines Primero La Nación, Mayo 8 de 2020.

Luego de varias semanas de necesaria cuarentena, aparentemente, la misma ha comenzado a relajarse. Sin embargo, las discusiones de cómo hacerlo parecen no tomar en cuenta lo realizado en otras latitudes que decidieron transitar un camino similar.

Nueva Zelanda, Noruega y Dinamarca coincidieron en el primer paso: reabrir los jardines de infantes y los primeros grados de las escuelas. ¿Inesperado? Definitivamente no. Al fin y al cabo, cómo es posible que los padres puedan regresar al trabajo si sus niños deben permanecer en el hogar.

Veamos los hechos. El martes 27 de abril, la primera ministra de Nueva Zelanda, Jacinda Arden, anunció que disminuía el nivel de alerta por el coronavirus, por haberse logrado la ausencia de transmisión local. El anuncio era esperado, al igual que el hecho que a partir de dicha fecha se permitió la reapertura de algunas empresas y de las casas de comida para llevar. Lo que sí podría llamarnos la atención fue su anuncio que también reabrirían las escuelas primarias y aún los jardines de infantes y guarderías, por supuesto con medidas de distanciamiento físico.

La primera ministra reiteró que, bajo el nivel de alerta tres, el consejo de permanecer en casa se mantenía, incluidos los niños en edad escolar. En sus propias palabras: “Si puedes trabajar desde casa, hazlo. Los niños deben ser enviados a la escuela en escenarios donde eso no es posible, por lo que estamos esperando bajos niveles de asistencia”. Por ello, los jardines de infantes abrieron sus puertas al igual que las escuelas, para los niños, hasta la edad de diez años, cuyos padres debían retornar a sus trabajos.

Un escenario similar lo encontramos en Noruega, donde el gobierno reabrió los jardines de infantes, a partir del 20 de abril, en la primera etapa del levantamiento de la cuarentena. Una semana después, los niños, hasta los 11 años, regresaron a clases. El gobierno noruego señaló que la decisión liberaría a cientos de miles de padres de la necesidad de proporcionar cuidado infantil durante las horas de trabajo.

Por su parte Dinamarca, al dar sus primeros pasos para el levantamiento de la cuarentena, se convirtió el 15 de abril en el primer país europeo en reabrir sus escuelas, comenzando por guarderías y jardines de infantes. En palabras del Primer Ministro, Mette Frederiksen: “El gobierno estaba abriendo las escuelas para los estudiantes hasta el quinto grado primero (10 años), porque el requisito de cuidar de ellos representaba una mayor carga para la sociedad”.

Es claro que la foto es similar en tres países que han enfrentado con éxito la pandemia y han comenzado a permitir el retorno a las actividades productivas. ¿Cómo lograrlo con éxito sin que los más pequeños retornen a los jardines y escuelas?

No es necesario volver a inventar la rueda. Si nuestro país ha decidido comenzar a levantar gradualmente la cuarentena debería seguir el ejemplo de sociedades como la neozelandesa, donde la racionalidad priva al momento de delinear las políticas públicas

III. ¿El Coronavirus Incrementó Nuestra Libertad? Perfil, Junio 11 de 2020.

¿Puede el coronavirus haber incrementado nuestra libertad? Es claro que la primera respuesta que viene a nuestra mente es un taxativo no. Pero a pesar que parezca un absurdo, en un momento en que la mayoría nos encontramos reclusos en nuestros hogares y privados de muchos de nuestros derechos, habiendo perdido hasta la libertad de llevar a cabo las rutinas más ordinarias de nuestras vidas, muchas familias están experimentando una insospechada libertad educativa.

Las escuelas se han cerrado para mitigar la propagación del virus y, posiblemente, no volverán a funcionar con total normalidad en lo que resta del año lectivo. Muchos padres tienen hoy un rol en la educación de sus hijos como nunca antes han podido tenerlo, aprovechando una multitud de recursos de aprendizaje que se pueden encontrar en Internet, y descubriendo que la creatividad y la curiosidad de sus hijos repuntan cuando se les permite explorar planes de estudio más individualizados. ¿Por qué no preguntarnos si, por ejemplo, algunos de ellos no desearán continuar apoyando el aprendizaje de sus hijos en sus casas cuando se haya superado la pandemia? Es probable

que este período de confinamiento forzoso haya llevado a muchas familias a cuestionar la educación que llevan a cabo sus hijos en las aulas tradicionales.

Uno de los principales argumentos de quienes se oponen a la libertad educativa lo constituye la premisa que es el gobierno y no los padres quién está más calificado para decidir cómo se debe educar a los niños. Se asume, implícitamente, que las familias son de alguna manera incapaces de tomar buenas decisiones para sus propios hijos y esas decisiones deben, por lo tanto, estar en manos del gobierno.

Desafortunadamente, la arrogancia del establecimiento educativo, al pensar que los burócratas saben mejor que los padres, condena a demasiados niños, de sobremanera a aquellos de familias económicamente desfavorecidas, a experiencias educativas poco óptimas.

Yo me pregunto por qué un padre de un niño, de por ejemplo, seis años que elige naturalmente el médico de su hijo, los alimentos que consume, las horas que descansa, los deportes que practica, la ropa que utiliza, sus amigos, las películas que ve, el uso que le da a Internet y el tiempo que está frente a la pantalla, y todo lo que el lector se pueda imaginar, no puede elegir también el tipo de educación que considera más adecuado para el niño, en función de sus aptitudes, su personalidad, sus gustos y los valores de la familia.

Démosle a todo padre, independientemente de sus posibilidades económicas, la oportunidad de decidir qué es lo mejor para sus hijos, permitiéndole aplicar el monto que destina el Estado donde ellos creen que pueden obtener la mejor o más apropiada educación para sus hijos, ya sea en una escuela de gestión pública, privada o quizás solventando servicios educativos que se lleven a cabo en el hogar. Financemos a los estudiantes, no al sistema, y preservemos la extraña libertad que el coronavirus ha generado.

IV. Coronavirus y Educación. Una Estrategia Distinta para el Día Después Perfil, Julio 24 de 2020.

Han pasado más de cuatro meses desde el inicio de la cuarentena. Lo que en su comienzo fue una curiosa y extraña experiencia, se transformó en una costosa cotidianidad de la cual, aparentemente, hemos comenzando el complicado camino de retorno hacia una, por así denominarlo, nueva normalidad.

En educación el costo ha sido inmenso y toda la atención hoy está puesta en cuándo los chicos y adolescentes podrán retornar a sus escuelas y bajo que protocolos hacerlo.

Ello ha hecho perder de vista un hecho de fondo: la crisis económica ha forzado a muchos padres a dejar de pagar sus cuotas en escuelas de gestión privada y, muy probablemente, deban emigrar a escuelas de gestión pública. Por cierto, un éxodo similar sucedió luego de la crisis de 2001, pero en esta ocasión el efecto será exponencial, dada la magnitud del evento que estamos viviendo.

Frente a esta realidad muchas escuelas privadas corren el riesgo de cerrar sus puertas. ¿Podrá el sistema público absorber a esta gran cantidad de potenciales alumnos o se preferirá generar un esquema de subsidios a los colegios de gestión privada para que puedan seguir operando, reduciendo de tal forma la emigración? Sin duda, esta disyuntiva está siendo analizada tanto por el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires como del resto de las regiones del país, donde las escuelas de gestión privada reciben un importante caudal de alumnos.

Esta nota propone otro curso de acción que evitaría el potencial colapso del sistema público, frente a la masiva inscripción de nuevos alumnos y no implicaría un subsidio a las escuelas de gestión privada, para permitirles bajar sus matrículas o becar un gran número de alumnos, sin que su factibilidad económica se vea afectada por ello.

La misma la publiqué en este mismo espacio en septiembre del año pasado. Consiste en crear, por parte del Estado, una sencilla cuenta de ahorro para gastos educativos de aquellos alumnos afectados, una herramienta que les otorgaría a las familias que enfrentan hoy tiempos muy difíciles, absolutamente imprevisibles pocos meses atrás, la posibilidad de continuar decidiendo sobre la escolaridad de sus hijos. Esta cuenta sería administrada por los padres, de tal forma que sus hijos podrían seguir asistiendo a la escuela que la familia ha elegido en su momento y no a la que, por consecuencia directa de la crisis económica generada por la cuarentena, deberán concurrir.

La propuesta es presupuestariamente factible, al ser indistinguible de subsidiar a las escuelas de gestión privada que hoy ven en riesgo su misma existencia, pero marcaría un cambio de paradigma en la educación argentina pues serían los padres, que califiquen para el subsidio en virtud de la nueva situación económica que enfrentan y por el tiempo que la misma lo amerite, y no las escuelas, quienes reciban el apoyo del Estado.

La diferencia no es menor, familias destrozadas por un evento del cual, obviamente, nadie es culpable, sentirían el apoyo de un Estado presente en el momento que más lo requieren. ¿No es suficiente razón para evaluarlo? Yo creo que sí.

V. Cómo Enfrentar el Peor Legado Educativo de la Pandemia

Ambito Financiero, Julio 29 de 2020.

Días atrás, el ministro de Educación, Nicolás Trotta, afirmó en declaraciones radiales que “lo que más me preocupa, además de una vuelta segura a las aulas, es que vamos a sufrir un desgranamiento, un abandono sobre todo en la secundaria”, a lo cual agregó que “la pérdida de la rutina de ir a la escuela implica una profundización del desgranamiento, y mucho más en una situación como esta con el impacto económico y social que tuvo la pandemia”. Por ello, en sus palabras “el Gobierno va a tener que desplegar una política educativa para ir a buscar a los chicos que deserten de la escuela”.

Es claro que tiene razón. Esta nota propone una estrategia complementaria para enfrentar la fuerte deserción en la escuela secundaria que probablemente dejará la pandemia: el sistema de educación dual, originario de Alemania.

En el llamado sistema de educación dual los jóvenes, que desean participar del mismo, pasan una cantidad importante de tiempo trabajando en empresas, mientras transitan sus estudios secundarios. Conforme va transcurriendo el proceso de aprendizaje, el estudiante incrementa el tiempo de entrenamiento en la empresa y reduce el tiempo de aprendizaje en la institución educativa, logrando de esa forma incorporarse, provisto de capital humano, al proceso productivo. Usualmente los participantes perciben durante este período un salario próximo a un tercio del que percibe un trabajador al inicio de su vida laboral.

Varios países europeos han adoptado características propias de este sistema. A modo de ejemplo: Eslovaquia, España, Grecia, Italia, Letonia y Portugal. Por cierto, una interesante nota del Financial Times del jueves pasado, titulada: “Aprendiendo de Alemania”, reporta declaraciones del secretario de Estado para la Educación de Gran Bretaña, Gavin Williamson, las cuales describen el fuerte interés del gobierno británico en dar a los jóvenes, que así lo deseen, una preparación similar a la que es llevada a cabo en Alemania.

Instrumentar el sistema dual, adaptado, por supuesto, a nuestra realidad, sería un importante aporte para que muchos jóvenes que han abandonado sus estudios

secundarios, en virtud de la crisis económica generada por la pandemia, regresen a las aulas incentivados por una salida laboral de corto plazo y, por ello, sería el complemento ideal para los esfuerzos que el gobierno habrá de llevar a cabo para combatir la inevitable deserción generada por la tragedia que estamos viviendo. Francamente, creo que vale la pena el considerarlo.

VI. Si los Chicos no Pueden ir a la Escuela, que la Escuela Vaya a los Chicos Infobae, Agosto 21 de 2020.

Días atrás, el líder de SUTEBA, Roberto Baradel, expresó en una entrevista radial que “hasta que se encuentre la vacuna contra el coronavirus van a ser una complicación las clases presenciales” y agregó que “la presencialidad implica una movilización de gente muy grande de chicos y grandes a las escuelas y eso sería contradictorio con las medidas que se están tomando”.

Baradel señaló también que “la infraestructura escolar de la provincia no se encuentra en condiciones y que un eventual regreso debería contemplar una serie de cuestiones y casi toda Argentina no está en condiciones para los nuevos protocolos”.

La foto es clara, la vuelta a clases, por lo menos en la Provincia de Buenos Aires, parece lejana. ¿Qué será de los chicos? Da miedo... Los chicos que hoy no reciben educación serán los desempleados de mañana, es imprescindible que la sociedad tome conciencia de ello.

¿Cómo enfrentar una tragedia cuya magnitud se pierde en la cuenta cotidiana de nuevos contagios y defunciones por el coronavirus?

El pasado 24 de julio, Neal McCluskey, director del Centro para la Libertad Educativa del Cato Institute, publicó una interesante nota que aplica perfectamente a nuestra realidad. La misma centra su interés en las llamadas cápsulas educativas (education pods), las cuales son pequeños grupos de niños que reciben instrucción en una casa, con un profesor pagado por los padres, que desean una educación presencial para sus hijos con un riesgo minimizado frente al coronavirus. Ello, por otra parte, permite que los padres puedan retomar sus actividades laborales, con la tranquilidad que un adulto calificado vela por la seguridad de sus hijos.

Es claro que una solución de estas características ampliaría la brecha educativa entre quienes pueden afrontarla y a aquellas familias que no están en condiciones de hacerlo, tal como lo señala una nota del Washington Post del 17 de julio, cuyo título habla por sí mismo: “Para los padres que lo pueden pagar, una solución para el otoño:

traer los maestros a los niños”. El Post ha publicado otras notas sobre el tema, lo cual refleja la relevancia del mismo, remarcando el hecho que las cápsulas educativas profundizarán la desigualdad.

Sin embargo, ello no es necesariamente cierto, como bien lo argumenta Neal McCluskey en su nota, si el Estado cumple su rol de asegurar la educación de todos los ciudadanos, proveyendo a los padres de familias que lo necesiten el financiamiento necesario para que ellos también puedan optar por esta alternativa educativa, de así desearlo.

Veamos los hechos. Como señala McCluskey: “Tan lamentable como puede ser algo que exacerba la desigualdad, es simplemente irrealista pensar que los padres con medios se abstendrán de hacer lo que ellos consideran que es mejor para sus hijos. De hecho, esto está biológicamente arraigado en nuestra forma de ser,” y agrega que “nuestra inclinación no debería ser aquella de avergonzar a las familias de más recursos, quizás con la esperanza que sientan suficiente presión social para no seguir con sus planes. En cambio, deberíamos empoderar a las familias más pobres para que busquen lo mejor para sus hijos. Ellos, también, están biológicamente motivados para cuidar de sus hijos y, si se les diera el financiamiento educativo en lugar de dárselo directamente a las escuelas estatales, podrían pagar para crear sus propias cápsulas educativas”.

A modo de ilustración, McCluskey señala que en USA se gasta anualmente, en promedio, alrededor de U\$13,000 por cada estudiante en el sistema de escuelas públicas. Si un grupo de padres de, por ejemplo 10 niños, recibieran ese financiamiento y lo unieran en un fondo, podrían pagarle a un profesor hasta \$130.000 al año, lo cual constituye más del doble del salario base de los maestros en colegios públicos.

Por cierto, una nota de Newsweek del 31 de julio, titulada: “¿Qué significa el auge de las cápsulas educativas pandémicas para el futuro de la educación? coincide plenamente con esta posición. La misma menciona que “las cuentas de ahorro para la educación, que ya han estado en funcionamiento con éxito en cinco Estados antes de la pandemia, pueden proporcionar a todas las familias los fondos necesarios para cambiar a un modelo de cápsula de aprendizaje, si esa es la mejor opción para ellos durante este difícil tiempo”.

Retornemos a nuestra realidad. Garantizar la equidad es un principio que no debe olvidarse. Por ello, frente a la tragedia educativa que estamos viviendo, no debemos coartar posibilidades a aquellas familias que pueden acceder a ellas y sí facilitarle al

resto de las familias el acceso a oportunidades similares, permitiéndoles controlar el financiamiento que se supone debería estar empleándose para educar a sus hijos.

Las cápsulas educativas pandémicas son una realidad en otras latitudes, no es necesario inventar nuevamente la rueda.

VII. No Sobrestimemos el Riesgo de Reabrir las Escuelas Clarín, Septiembre 2 de 2020.

Hace pocos días, CTERA publicó un comunicado oponiéndose a la, mal llamada, apertura de escuelas en la Ciudad de Buenos Aires: “Ante los anuncios de Horacio Rodríguez Larreta, de iniciar el 7 de septiembre en la Ciudad las clases en forma presencial, la CTERA expresa su enérgico rechazo a esta medida que pondrá en riesgo la vida de docentes, estudiantes y Comunidad Educativa”.

¿Es realmente significativo dicho riesgo? Esta columna presenta evidencia de otras latitudes, la cual refleja que probablemente lo estemos sobrestimando considerablemente.

A modo de ejemplo, en una nota del 26 de agosto pasado, Bob Spires, Profesor de Educación de la Universidad de Richmond, señala el resultado de la estrategia llevada adelante por Suecia, donde los alumnos menores de 16 años no dejaron de concurrir a las escuelas.

En palabras de Bob Spires: “El plan de Suecia parece haber sido lo suficientemente seguro. Su agencia de salud informó el 15 de julio que los brotes de COVID-19 entre el millón de escolares de Suecia no eran peores que los de la vecina Finlandia, donde se cerraron las escuelas. Y los pediatras han visto pocos casos graves de COVID-19 entre niños en edad escolar en Estocolmo”.

Por su parte, una nota del periódico madrileño El País, del mismo día, reporta que según las autoridades inglesas la reapertura de los colegios durante el mes de junio, hasta el receso estival, provocó muy pocos nuevos casos de coronavirus. Dicha conclusión surge de datos de 23.400 escuelas y guarderías, y 1.646.000 niños y jóvenes. En un mes, sólo se confirmaron 198 nuevos casos, de ellos 70 eran niños y los 128 restantes personal educativo. Ninguno de ellos tuvo que ser hospitalizado.

Durante ese mes de clases se utilizaron diversas medidas de seguridad como el lavado frecuente de manos, la creación de burbujas de niños que no se relacionaron con los demás y la reducción del tamaño de las clases, pero no se requirió el uso de barbijos.

El informe denominado: “Infección y transmisión del SARS-CoV-2 en entornos educativos: análisis transversal de grupos y brotes en Inglaterra”, publicado por la Agencia Inglesa de Salud Pública, concluye que “la reapertura de las escuelas se asoció con muy pocos brotes después de la relajación de la cuarentena en Inglaterra. La infección por SARS-CoV-2 y los brotes eran más propensos a involucrar a los miembros del personal, lo que pone de relieve la necesidad de mejorar las medidas de educación y control de infecciones para este grupo”.

Frente a la tragedia educativa que estamos viviendo, una apertura controlada de escuelas, manteniendo estrictamente todas las medidas de seguridad recomendadas, no parece ser una opción descabellada. Es indudable que como toda decisión que se tome frente a la pandemia involucra un riesgo que debe ser cuidadosamente evaluado, pero probablemente un riesgo que está siendo sobrestimado, y que en virtud de ello muchos chicos están viendo afectadas sus posibilidades de acceder a una vida mejor en su adultez. Nada es gratis, mantener cerradas las escuelas tampoco, no debemos olvidarlo.

VIII. Si se Declaró a Internet Servicio Público Esencial, ¿Por Qué no a la Educación?

El Economista, Septiembre 4 de 2020.

El Gobierno declaró el 21 de agosto, a través del decreto de necesidad y urgencia 690/2020, “servicios públicos esenciales y estratégicos en competencia a la telefonía celular y fija, internet y la televisión paga”.

Dentro de los considerandos se señala que “el art. 75 de la Constitución Nacional establece que es un deber indelegable del Estado asegurar el derecho a la educación sin discriminación alguna, así como garantizar los principios de gratuidad y equidad de la educación pública estatal”, y se agrega que, “por su parte, la Convención sobre los Derechos del Niño que posee rango constitucional, establece que los Estados Partes reconocen el derecho del niño a la educación debiendo adoptar medidas para fomentar la asistencia regular a las escuelas y reducir las tasas de deserción escolar. Este mandato legal, en el actual contexto sanitario, solo se puede garantizar mediante el uso de las TIC, habiéndose transformado estas en una herramienta insustituible para hacer efectivo el derecho”.

Esta nota propone, en función de los considerandos mencionados, declarar también a la educación servicio público esencial y regular, por ende, el derecho de huelga en la actividad. Esta propuesta la he realizado en cuatro columnas que he

publicado en este mismo medio, a partir de abril de 2017, basándome en idénticos argumentos a los esgrimidos en los considerandos del DNU 690/2020.

Veamos los hechos. ¿Cómo no recordar los largos paros docentes en la provincia de Buenos Aires? ¿Cómo no sentir vergüenza por los más de 100 días de paro en la provincia de Santa Cruz? ¿Quién puede pensar que los días perdidos se recuperaron? ¿Quién puede imaginarse que un niño que concurrió a clases un día sí y otro no, en medio de un clima enrarecido, pudo aprender algo? Por supuesto, los niños de familias humildes fueron los más perjudicados, hablar de igualdad de oportunidades frente a esta realidad carece de todo sentido.

A modo de ejemplo, imaginemos dos jóvenes que terminaron su educación secundaria en la provincia de Buenos Aires en 2018. Uno de ellos concurrió a una escuela de gestión pública y el otro a una escuela de gestión privada. ¿Podemos afirmar que estuvieron igualmente calificados para ingresar a una universidad o insertarse en el mundo laboral? La respuesta objetiva es no. El joven que ingresó en 2013 a una escuela pública perdió, durante los seis años de su escolaridad, 84,5 días de clase.

Como bien señalan los considerandos del DNU 690/2020, la Constitución reconoce el derecho a la educación, por ejemplo, en su artículo 75, al incorporar la Convención de los Derechos del Niño. ¿No fue claramente violado dicho derecho en los ejemplos que he desarrollado? ¿Quién puede sostener que un joven que ha sido privado de más de 80 días de clase durante su escolaridad secundaria tiene las mismas oportunidades para desarrollarse en la sociedad del conocimiento en la que le ha tocado vivir, que un joven que ha tenido clases con normalidad?

En virtud de ello, he propuesto en numerosas ocasiones definir la educación como un servicio público esencial. Los sindicatos docentes obviamente lo rechazan, respaldándose en convenios de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). El Comité de Libertad Sindical de la OIT estableció que la educación no es un servicio esencial, dado que su interrupción no pondría en peligro la vida, la seguridad o la salud de la población.

Sin embargo, la vida de muchos jóvenes que han transitado su educación dentro de un sistema en los cuales son virtuales rehenes, ha sido irremediablemente afectada, de la misma forma que lo es hoy la de los muchos chicos y jóvenes que no están recibiendo educación en virtud de la tragedia sanitaria que estamos viviendo.

¿No es razón suficiente para definir la educación como un servicio público esencial? Al fin y al cabo, si basándonos en los mismos considerandos declaramos a Internet como un servicio público esencial, ¿por qué no a la educación?

IX. La Carta que Todo Padre Desearía Recibir

Revista Criterio, Septiembre 10 de 2020.

Vivimos una tragedia educativa cuya magnitud se pierde en la cuenta cotidiana de nuevos contagios y muertes por el coronavirus. ¿Cómo evitar que nuestros niños y jóvenes se transformen en sus víctimas silenciosas?

Hace pocos días, Betsy DeVos, secretaria de Educación de los Estados Unidos, publicó una carta abierta dirigida a todos los padres. Esta nota comparte los principales conceptos de esa larga misiva, los cuales aplican directamente a la tremenda realidad educativa que la crisis sanitaria ha generado en nuestro país.

“Es temporada de regreso a la escuela, pero se siente diferente a cualquier otro año. Hablemos de algo que ha estado pesando mucho en sus mentes y en las mías. ¿Cómo pueden los alumnos -su hija, su hijo- seguir aprendiendo y creciendo en forma segura?

Sé que muchos de ustedes se sienten abrumados o impotentes, frustrados y cansados, muy cansados. Todas esas emociones son comprensibles. Esto ha sido duro para todos. Su corazón se rompió cuando vieron llorar a sus hijos porque estaban tan frustrados con el aprendizaje virtual que con demasiada frecuencia no parece funcionar del todo bien. Ustedes hicieron todo lo posible para convertirse en maestros de tiempo completo, además de mantener su trabajo cotidiano y preocuparse por la seguridad de su familia.

Sé que muchos de ustedes están ahora más en sintonía con lo que sus hijos necesitan para aprender. Por lo tanto, algunos de ustedes, con el tiempo y los recursos económicos necesarios, se están volviendo creativos y han formado, por ejemplo, “burbujas de aprendizaje” o han tomado la decisión que sus hijos realicen home schooling.

Están haciendo lo que piensan es mejor para ellos. Eso es lo que hacen los padres. Pero demasiados padres de nuestra nación, tal vez tú, o alguien a quien conoces, están atrapados sin opciones, sin ayuda y sin salida.

Es por eso que estamos luchando cada día por generar más opciones. Cada familia necesita ser capaz de hacer lo que es mejor para su hijo. Su dinero debe seguir a su estudiante. Nuestras escuelas existen porque usted paga por ellas y usted debe estar facultado para poner su dinero a un mejor uso si la escuela no está satisfaciendo sus necesidades.

Eso comienza con las escuelas abiertas. Permítanme aclarar: nadie está sugiriendo que cada niño debe estar detrás de un escritorio en un aula, o que las realidades de salud no causarán interrupciones temporales. Sin embargo, creemos que, como regla, las escuelas deben estar abiertas para el aprendizaje en persona como una opción para las familias que lo quieren o lo necesitan.

En términos más generales, creemos que las familias necesitan más opciones que nunca para encontrar que es lo más adecuado para sus hijos.

Si desean o necesitan enviar a su hijo a la escuela, los apoyamos. Aportaremos financiamiento de emergencia para que las escuelas reabran de manera segura y ofrezcan instrucción en persona.

Si el aprendizaje virtual es lo mejor para su familia, los apoyamos. Hemos reservado importantes fondos para mejoras en la educación a distancia y otros modelos innovadores.

Si desean que sus hijos asistan a una escuela que no sea la escuela pública que le ha sido asignada por su lugar de residencia, los apoyamos. Por ello, el presidente Trump y yo respaldamos la propuesta de ley que proporcionaría becas a las familias para elegir el mejor entorno educativo para sus hijos.

Al final del día, queremos que todos los padres tengan la posibilidad de tomar la mejor decisión para sus hijos. Algunos pueden optar por aprender en casa. Algunos pueden optar por regresar a su escuela actual. Algunos pueden optar por hacer una combinación de ambas alternativas. Cada uno de ustedes necesita ser capaz de elegir lo que es mejor para sus propias familias, porque conocen a sus hijos y sus circunstancias mejor que nadie”.

La carta es clara y contundente, y el mensaje por demás relevante, frente a la tremenda realidad educativa que vive nuestro país en virtud de la pandemia. Al fin y al cabo, ¿quién mejor que los propios padres para decidir qué es lo correcto para sus hijos? Una pregunta simple, pero de fundamental importancia.

Uno de los principales argumentos de quienes se oponen a la libertad educativa lo constituye la premisa que es el gobierno y no los padres quién está más calificado para decidir cómo se debe educar a los niños. Se asume, implícitamente, que las familias son de alguna manera incapaces de tomar buenas decisiones para sus propios hijos y esas decisiones deben, por lo tanto, estar en manos del gobierno de turno.

Desafortunadamente, la arrogancia del establecimiento educativo, al pensar que los burócratas saben mejor que los padres, condena a demasiados niños, de sobremanera

a aquellos de familias económicamente desfavorecidas, a experiencias educativas poco óptimas.

Yo me pregunto por qué un padre de un niño de, por ejemplo, seis años que elige naturalmente el médico de su hijo, los alimentos que consume, las horas que descansa, los deportes que practica, la ropa que utiliza, las películas que ve, el uso que le da a la Internet y el tiempo que está frente a la pantalla, y todo lo que el lector se pueda imaginar, no puede elegir también el tipo de educación que considera más adecuado para el niño, en función de sus aptitudes, su personalidad, sus gustos y, por supuesto, los valores de la familia.

Los niños no tienen por qué convertirse en las víctimas silenciosas del coronavirus, estamos aún a tiempo de evitarlo. ¿No les gustaría a Uds. como padres recibir una carta similar a la que ha motivado esta nota? A mí, definitivamente sí.

X. Escuelas y COVID-19: La Solución Está en el Congreso, no en las Aulas Perfil, Septiembre 18 de 2020.

Según reporta la agencia Télam, el pasado 24 de agosto, la secretaria general de la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA), Sonia Alesso, al opinar sobre la posibilidad de la vuelta a las aulas, expresó que “en la provincia de San Juan, hubo una reapertura de escuelas y algunas tuvieron que volver a cerrar porque hubo contagios”, recordó que “abrir las escuelas implica que vaya la directora y personal docente y no docente” y agregó que “el rebrote hizo que los casos de coronavirus sigan aumentando en distintos puntos el país y para nosotros y nosotras la prioridad tiene que ser la vida y la salud de los chicos y de los docentes”.

Su posición no resulta, coincide con la que los sindicatos docentes sostienen en otras latitudes. ¿Por qué tomar el menor riesgo de contraer un virus de muy baja letalidad, pero mortal al fin, si el salario mensual está asegurado?

¡Con las vidas no se juega! No puedo estar más de acuerdo, pero ¿qué es vivir? ¿Cómo no admitir que la vida de aquellos chicos de las familias más desfavorecidas económicamente está siendo irremediablemente afectada por no estar recibiendo educación de calidad, por causa de la pandemia? Es por ello que, respetando los razonables temores que muchos miembros de la comunidad educativa tienen al contagio, también se debe tomar en cuenta el interés de aquellos niños que están siendo condenados al peor de los futuros.

¿Cómo hacerlo? Veamos una posibilidad gestada hace pocos días en los Estados Unidos, frente a la posibilidad que escuelas públicas no abran sus puertas en numerosos Estados, por la presión ejercida por el poderoso sindicato docente.

El miércoles 5 de agosto, el Senador por Kentucky, Rand Paul, presentó un proyecto por el cual los fondos federales para la educación se asignarían a las familias, no a las escuelas, generándose un múltiple abanico de posibilidades para su uso: home schooling, la escuela pública local u otra escuela pública que tenga clases presenciales, burbujas educativas con pequeños grupos de alumnos, o una escuela privada, ya sea laica o parroquial.

En una nota publicada el mismo día en el Hill, Rand Paul explicó los fundamentos de su iniciativa. En sus propias palabras: “Es difícil imaginar por qué alguien se opondría a dejar que los padres decidan sobre la escolaridad de sus hijos. Imaginemos si el gobierno dirigiese las tiendas de comestibles de la misma forma en que maneja las escuelas. Usted no pagaría por sus alimentos; usted pagaría un impuesto y el gobierno lo enviaría a la tienda más cercana a su casa. Ud. no podría decidir qué tienda o qué desea adquirir. Llegaría y le darían la misma bolsa de comestibles a todos por igual, independientemente de lo que necesite o prefiera. Habría una junta de comestibles para decidir lo que abastecerán y un superintendente de comestibles sería el encargado de las contrataciones y despidos, independientemente de la opinión de los clientes”.

Un absurdo, ¿verdad? Pero es así como hoy se maneja la educación en muchos países del mundo, desde ya que en la Argentina.

Mientras seguimos buscando como enfrentar el coronavirus, no olvidemos a nuestros chicos. De lograr sancionarse una legislación como la propuesta por Rand Paul, el impacto a largo plazo de la pandemia sobre la educación en USA podría resultar ser insospechadamente beneficioso. ¿Por qué no evaluarla para nuestro país? Frente al coronavirus, la solución para nuestros chicos está en el Congreso, no en las aulas.

XI. ¿Cuál es el Riesgo Real de Reabrir los Colegios?

Infobae, Septiembre 24 de 2020.

Luego de un mes y medio de tratativas, el gobierno nacional y la administración de la CABA continúan negociando un acuerdo que aparentemente permitiría que 6.500 chicos, que el gobierno de la CABA identificó como aquellos que perdieron contacto con la escuela, reciban clases de apoyo presenciales en los patios de los colegios.

Este episodio nos hace recordar que toda política pública genera costos y beneficios; analicemos, por ejemplo, la eventual decisión de retornar a la presencialidad en la educación preescolar y primaria. Los costos: el riesgo de contagio para los chicos, los docentes y, en virtud de la alta tasa de contagio, la comunidad toda. El beneficio, permitir que los más chicos, quiénes son los más afectados en su desarrollo y están perdiendo más en virtud de la larga cuarentena, retornen a la escuela.

Nada es gratis, los costos existen, la pregunta relevante es si se justifica afrontarlos en virtud del beneficio que habría de generarse. Al respecto, esta nota presenta los resultados de un informe preparado conjuntamente por el Instituto de Salud y Bienestar de Finlandia y la Agencia de Salud Pública de Suecia, el cual compara el efecto de las políticas diametralmente opuestas seguidas por ambos países en torno al cierre de escuelas, como respuesta al coronavirus.

Tanto en Finlandia como en Suecia, los niños usualmente asisten a la guardería desde los dos años y al preescolar cuando cumplen los seis. Luego, la escuela primaria transcurre desde los siete a los quince años, seguida de tres a cuatro años de escuela secundaria.

El 17 de marzo Suecia cerró sus universidades y escuelas secundarias, pero decidió mantener abiertas las guarderías y escuelas primarias durante la pandemia. Es decir que los niños y jóvenes menores de 16 años nunca dejaron de tener clases presenciales. Por el contrario, Finlandia cerró todas las escuelas desde el 18 de marzo hasta el 13 de mayo, cuando comenzaron gradualmente su reapertura. Dos estrategias opuestas, pero con resultados imprevistamente similares.

El trabajo, “Covid-19 en niños de edad escolar. Una comparación entre Finlandia y Suecia”³, reporta que no se encuentra diferencia en la incidencia global de los casos confirmados en laboratorio de Covid-19 de 1 a 19 años en los dos países y que dicho número no fue alterado con el cierre de escuelas llevado a cabo por Finlandia. En ambos países, los contagios registrados fueron muy raros para este grupo de edad y no se notificaron muertes.

Además, las investigaciones sobre brotes epidémicos en Finlandia no demostraron que los niños contribuyan significativamente a la transmisión y en Suecia un informe que comparó el riesgo de contagio en diferentes profesiones no reportó un riesgo mayor para los docentes.

³<https://www.folkhalsomyndigheten.se/contentassets/c1b78bffbde4a7899eb0d8ffdb57b09/covid-19-school-aged-children.pdf>

En síntesis, el reporte concluye textualmente que “el cierre o no de las escuelas no tuvo un impacto directo mensurable en el número de casos confirmados en laboratorio en niños en edad escolar en Finlandia o Suecia”.

Frente a la terrible crisis educativa que vive nuestro país, potenciada por la imprevista emergencia sanitaria, resulta razonable preguntarnos si en base a un análisis de costo-beneficio no se justifica el retorno a la presencialidad para los más pequeños. Por supuesto, habría riesgo de contagios, probablemente muy reducido para los niños, y aparentemente similar al de otras profesiones para los docentes.

La pregunta relevante es si se justifica el tomarlo, la evidencia reportada en esta nota me hace pensar que probablemente sí.

SECCION 2. EL CONTEXTO DE LA PANDEMIA

I. ¿Cómo Salir de la Cuarentena con Éxito?

Ambito Financiero, Mayo 5 de 2020.

El pasado 30 de Abril, el periódico estadounidense USA Today publicó una interesante nota en la cual Paul Romer, Premio Nobel de Economía 2018, Steven Levitt, profesor de economía de la Universidad de Chicago y autor del bestseller *Freakonomics*, y Jeff Severts, Director del Centro de Innovación Radical para el Cambio Social de la Universidad de Chicago, proponen un creativo procedimiento basado en incentivos para lograr salir de la cuarentena con éxito.

Para lograr dicho fin se requerirá testear a millones de estadounidenses cada semana y aislar a aquellos que den positivo. Pero el contar con suficientes tests, si bien es una condición necesaria, no es una condición suficiente para el éxito del programa, pues también es imprescindible que la gente esté dispuesta a testearse y quedarse en sus casas, si son portadores asintomáticos del virus.

Aún si las pruebas son completamente gratuitas, es poco probable que una gran parte de la población, que no se sienta enferma, esté dispuesta voluntariamente a tomarlas, sabiendo que en el lugar donde se realice la prueba probablemente se cruzará con personas que tienen interés en testearse pues no se sienten bien.

Veamos los hechos. Cuando alguien es contagioso impone costos a otras personas por el riesgo de contagiarlas, costos que la mayoría de las personas no tienen plenamente en cuenta al tomar decisiones que podrían exponer a terceros. Levitt, Romer y Severts, proponen un procedimiento tan aplicable en USA como en la Argentina para

enfrentar este hecho. En sus propias palabras: “generar incentivos para lograr que las decisiones individuales sean consistentes con lo que es mejor para la sociedad en su conjunto”.

Una manera de crear un fuerte incentivo para someterse a la prueba sería establecer una lotería con grandes premios semanales para aquellas personas elegidas al azar para ser testeadas, o elegidas utilizando algún algoritmo que evalué la probabilidad de estar infectadas. Esas personas tendrían hasta el final de la semana para hacerse la prueba y, de realizarla, obtendrían un billete de la lotería cuyos ganadores serían anunciados semanalmente.

Debido a que los beneficios de las pruebas generalizadas serían tan grandes, los premios podrían ser extremadamente significativos. Por ejemplo, señalan los autores, que en USA, si se estableciera un premio de US\$ \$200 millones por semana, el costo anual sería de US\$ 10 mil millones, aproximadamente el 0.5% del costo del paquete de ayuda recientemente aprobado por el Senado norteamericano.

A ello habría que agregar un pago semanal de US\$ 2.000 a todo adulto que resultase positivo, para persuadir a hacerse la prueba a quienes saben que no pueden quedarse en casa sin trabajar si no tienen síntomas, pero podrían dar positivos y, por ende, capaces de contagiar. Con lo cual, asumiendo que fuese necesario poner en cuarentena hasta a 20 millones de personas este año, el costo del programa rondaría los US\$ 80.000 millones; es decir, tan sólo el 4% del costo del paquete de ayuda aprobado.

Esta idea puede aplicarse perfectamente en nuestro país; por supuesto, ajustando los valores a nuestra realidad. De no realizarse testeos masivos es impensable pretender salir de la cuarentena con éxito. Pero constituye tan sólo una ilusión asumir que de contarse con suficientes elementos para realizar los testeos se logrará el objetivo. Para ello, será necesario generar los incentivos correctos para que las personas voluntariamente los lleven a cabo. No es un punto menor.

II. Suecia vs. Argentina: El Tiempo Dirá Infobae, Mayo 20 de 2020.

Días atrás se produjo un desagradable episodio cuando el presidente Alberto Fernández hizo mención a las medidas adoptadas por Suecia frente a la pandemia, a modo de contraejemplo de lo que se debe hacer.

Esta nota no apoya ni se opone a los dichos del presidente, sino sencillamente intenta explicar porque es razonable que dos sociedades tan distintas enfrenten la

pandemia en forma diferente. Probablemente, de seguir Argentina la política sueca conduciría a un desastre sanitario y, por otra parte, carecería de sentido que el gobierno sueco lleve a cabo una política similar a la de nuestro país, dada sus propias características culturales y sociales.

Suecia es un país cuya sociedad privilegia la libertad, por supuesto con responsabilidad. Por ello, como menciona el reciente comunicado de su Embajada en Buenos Aires: “Una parte importante de las medidas de prevención de Suecia consiste en proporcionar a los ciudadanos información confiable que los ayude a asumir la responsabilidad de su propia salud. La base de esto es la confianza mutua entre las autoridades estatales y los ciudadanos que se ha ido construyendo a través del tiempo. A modo de ejemplo, la administración de las vacunas del calendario infantil sueco es opcional y ha alcanzado una cobertura de vacunación del 97% entre los niños de Suecia”. Es claro que estamos frente a una sociedad muy distinta a la nuestra.

Por ejemplo, veamos su peculiar sistema educativo. Hace ya casi 15 años, el hoy Premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa, se preguntaba en una nota: “¿cuántos de los lectores de este artículo saben que en Suecia funciona desde hace años y con absoluto éxito el sistema de bonos escolares para estimular la competencia entre colegios y permitir a los padres de familia una mayor libertad de elección de los planteles donde quieren educar a sus hijos? Yo, por lo menos, lo ignoraba. Antes, en Suecia, uno pertenecía obligatoriamente a la escuela de su barrio. Ahora, decide libremente dónde quiere educarse, si en instituciones públicas o privadas -con o sin fines de lucro- y el Estado se limita a proporcionarle el bono con que pagará por aquellos servicios. La multiplicación de colegios privados no ha empobrecido a las instituciones públicas; por el contrario, la competencia a que ahora se ven sometidas las ha dinamizado, ha sido un incentivo para su modernización”.

Desde la década de 1970, el sistema escolar sueco había disminuido considerablemente en calidad. Sólo quienes podían hacer frente a las altas matrículas de las escuelas privadas, mientras a su vez pagaban los elevados impuestos característicos de Suecia, tenían la capacidad de proporcionar una educación de excelencia a sus hijos. El resto de la población debía concurrir a las escuelas públicas de sus municipios.

A partir de la reforma de 1992 todo padre puede decidir libremente dónde educar a sus hijos, si en instituciones públicas o privadas (denominadas escuelas independientes), con o sin fines de lucro, y el Estado (a nivel Municipal) se limita a proporcionarles un voucher con el cual pagar por dicha educación. Luego, cada escuela

presenta sus bonos a la dependencia de contralor y obtiene a cambio el subsidio correspondiente. Para calificar para el programa, las escuelas tienen que ser aprobadas por el organismo gubernamental de contralor, cumplir con los requisitos del plan de estudios nacional, y no pueden seleccionar estudiantes sobre la base de su status socioeconómico o étnico.

El programa, basado en la tradición sueca de justicia social e igualdad de oportunidades, posibilitó que todas las familias pudiesen elegir entre escuelas públicas y privadas, independientemente de sus posibilidades económicas. El mismo fue introducido por una coalición de centro derecha, en ese entonces en el gobierno. Per Unckel, Ministro de Educación Sueco entre 1991-1994 y gestor de la reforma del sistema educativo señalaba que: “La educación es demasiado importante como para dejarla en manos de un sólo productor”.

Al retornar al gobierno la democracia social, la popularidad del programa la llevó a no revertirlo, sino por el contrario a expandirlo. En 2018, la página oficial del gobierno de Suecia, <http://www.sweden.se>, señalaba que: “el número de escuelas independientes en Suecia está creciendo, y el poder elegir la escuela se ve hoy como un derecho. A cada niño se le asigna los fondos para su educación, desde el nivel preescolar hasta la escuela secundaria. De esta forma, el gobierno sueco apoya el establecimiento de las escuelas independientes.”

El éxito de la reforma tomó a sus mismos arquitectos por sorpresa. Hoy en día una de cada ocho escuelas en Suecia es una de las denominadas escuelas independientes y, en Estocolmo, en determinados rangos de edades, hasta el 30% de los estudiantes asisten a dichos establecimientos.

La foto es clara. Suecia es una sociedad que privilegia la libertad. Probablemente una política pública que requiere la participación voluntaria de la población tenga un mayor éxito que una alternativa autoritaria. Por ello, no es posible juzgar a ambos países con la misma vara. Vaya uno a saber si las políticas llevadas a cabo por Suecia y Argentina, para enfrentar el coronavirus, no han sido en ambos casos las correctas, dadas la diferencia de sus sociedades. Sólo el tiempo lo dirá.

III. ¿Cuántos son los Muertos Reales por el Coronavirus? Perfil, Junio 23 de 2020.

La Argentina está entrando en una fase crítica de la pandemia, geográficamente localizada en el conurbano bonaerense y en la ciudad de Buenos Aires. El domingo

pasado hemos leído en la prensa que el número de contagiados, a nivel país, rondaba los 45.000 y se habían superado los 1.000 fallecidos.

Si bien el incremento del número de contagiados es un indicador por demás inexacto, por depender del número de testeos realizados, el número de fallecidos, a primera vista, constituye un mejor indicador. Sin embargo, ello no es necesariamente cierto, como esta columna habrá de demostrar. Dos notas de BBC News, del pasado 17 y 18 de junio, contribuirán a dicho fin.

¿Cómo contar las defunciones? No existe un estándar internacional aceptado sobre el cómo medirlas. Por ello, si tomamos el número total de muertes por cualquier causa durante la pandemia y lo comparamos con las muertes en el mismo período de años anteriores, obtendremos un indicador inexacto, pero mucho más preciso que los datos reportados por los diversos países, de la verdadera cifra de muertes en virtud del coronavirus.

BBC News ha realizado un análisis de datos para 27 países y encontró que en muchos de ellos el total de muertes durante la pandemia ha sido mayor de lo esperado, incluso cuando sumamos las defunciones oficialmente informadas por el coronavirus. Es claro que este hecho sugiere que existe un número importante de fallecimientos no reportados ocasionados por el COVID 19 y otros tantos en virtud de la tensión generada sobre los sistemas de salud, los cuales han disminuido su eficiencia en la atención de otras patologías.

El estudio de la BBC comprende 15 países europeos y cuatro latinoamericanos: Brasil, Chile, Ecuador y Perú. Los resultados son sugestivos.

Del total de defunciones reportadas en los 15 países europeos considerados, que excede el promedio de años anteriores, el 78% se explica por los datos oficiales de defunciones en virtud del coronavirus, restando un 22% sin ser explicado.

Por su parte, en los cuatro países latinoamericanos tan sólo se explica por los datos oficiales el 41%, mientras que el 59% carece de explicación. La diferencia es abrumadora.

Es más, tan sólo los datos de muertes reportadas por la pandemia en Brasil superan a las inexplicadas; en Chile carece de explicación el 68% por encima de lo esperable en función de años anteriores, en Perú el 75% y en Ecuador el 83%. Es claro que en estos países existe un alto número de defunciones en virtud del COVID 19 que no son oficialmente consideradas como tales.

¿Cuál es la realidad de la Argentina? ¿Cuántas defunciones por encima del promedio de años anteriores, no atribuidas al coronavirus, tenemos a nivel país y fundamentalmente en las zonas críticas? Frente al pico que estamos comenzando a atravesar, es necesario contar con tanta información como sea posible. Conocer el real número de defunciones constituye el mejor indicador para evaluar la efectividad de las medidas llevadas a cabo para enfrentarlo.

IV. Coronavirus, Cuando el Remedio Puede ser Peor que la Enfermedad Perfil, Julio 8 de 2020.

Toda decisión llevada a cabo por un gobierno genera beneficios y también costos. Por supuesto, se justifica la misma cuando los beneficios superan a los costos.

Es claro que frente a la tragedia humanitaria que estamos viviendo, la cuarentena es una medida que genera notables beneficios, al facilitar el aislamiento social. La evidencia provista por el hecho que se ha llevado a cabo en la mayor parte de los países del globo es suficiente para afirmarlo. Muchas vidas se han salvado gracias a la misma.

Sin embargo, la cuarentena también genera costos. Es imposible imaginarnos una política que no los genere. ¿Cuáles son los costos en este caso? Para quien este escribe, no es la debacle económica el costo que debemos tomar en cuenta, sencillamente pues si medimos los beneficios en términos de vidas humanas, resulta correcto cuantificar los costos en la misma unidad de medida.

Por ejemplo, el 29 de mayo pasado, una interesante nota publicada en BBC.com alertaba que la mayoría de las muertes provocadas por el COVID-19 no serán por el virus en sí mismo, sino por las políticas llevadas a cabo para enfrentarlo. A modo de ejemplo: “el Royal College of Psychiatrists informa de un aumento de seis veces en los intentos de suicidios por parte de los ancianos en el Reino Unido debido a la depresión y la ansiedad causada por el aislamiento social”.

Yo me pregunto, ¿cuántas vidas se habrán de perder por la extensión que está alcanzando la cuarentena en nuestro país, y por el hecho de centrar la gran mayoría de los recursos médicos en la pandemia y en la prevención de la catástrofe sanitaria que representaría el colapso del sistema, como lo ha vivido Italia, sin ir más lejos?

¿Cuántas operaciones programadas se están postergando? ¿Cuántos tumores no se están detectando a tiempo, por haberse prácticamente suspendido la habitualidad de los chequeos médicos? ¿Cuántas enfermedades del corazón, tratables adecuadamente, pasarán inadvertidas con consecuencias fatales? ¿Cuántos niños han dejado de concurrir

regularmente a su pediatra, por el temor de las madres de tomar un riesgo que entienden que no se justifica, dado que sus hijos aparentan estar saludables? ¿Cuántos de ellos no lo están y corre riesgo su vida, o la calidad de vida que habrán de llevar en su adultez? ¿Cuántos de nuestros mayores, preservados, y con razón, del contagio en sus hogares, no están recibiendo la atención médica que su edad requiere, con lo que su expectativa de vida decrece? ¿Cuántas pacientes no están tomando sus medicinas para no concurrir a un centro médico a solicitar las recetas y carecen de conectividad o conocimientos para solicitarlas online? ¿Cuántas personas, que arrastran un cuadro depresivo, se habrán de suicidar por el efecto de la sensación de soledad producto de la cuarentena?

La lista de preguntas no tiene fin, pero su respuesta puede llevarnos a concluir que, aún sin tomar en cuenta los efectos de la debacle económica, el remedio podría ser peor que la enfermedad. Yo creo que es necesario evaluarlo.

V. Las Lecciones de Lacalle Pou para la Argentina Infobae, Julio 29 de 2020.

El 1 de marzo, en su discurso de asunción, el presidente de Uruguay, Luis Lacalle Pou expresó: “Estamos convencidos de que si al final del período los uruguayos son más libres, habremos hecho bien las cosas, de lo contrario, habremos fallado en lo esencial. Permítanme, entonces, invitarlos a trabajar por la libertad en todas sus formas: la libertad de poder vivir en paz, la libertad de poder elegir un trabajo digno, la libertad de poder darle un techo a la familia, la libertad de poder perseguir los sueños personales, porque se cuenta con las herramientas para hacerlo; la libertad de expresar las ideas de cada uno sin temor a ser hostigado por quienes piensan distinto, la libertad de crear, de innovar, de emprender y de tender a la excelencia; la libertad de criticar al Gobierno cuando se lo merezca, la libertad de buscar la felicidad de cada uno de nosotros por los caminos que cada uno elija recorrer”.

La crisis sanitaria que estalló pocos días después permitiría ver reflejado en los hechos dicha voluntad. Veámoslo sintéticamente a partir de la entrevista que le realizó Alfredo Leuco, a mediados de julio, en la cual Lacalle describió la metodología adoptada por su gobierno para hacer frente al coronavirus, sin decretar una cuarentena obligatoria, como la establecida en nuestro país: “El uruguayo tiene una vocación genética en la libertad. Es un bien muypreciado, que a veces en la lógica diaria se nos olvida. Pero, en las difíciles, el uruguayo sale adelante con ese valor y lo defiende. En eso obviamente nos inspiramos: yo no estaba dispuesto a obligar a los uruguayos a

confinarse, a ir rumbo a un estado policíaco” y lo enfatizó con un ejemplo: “Les pregunté (a la oposición) si alguno estaba dispuesto a ir conmigo a subir a un móvil policial, y empezar en una feria a meter gente adentro, gente que está tratando de hacer un peso. No se puede meter preso al que trata de ganarse el peso. ¿No somos capaces en Uruguay de apelar al cuidado personal, individual y colectivo? El uruguayo dio una gran demostración”.

Libertad y responsabilidad, dos conceptos inseparables, como lo remarcó el mismo presidente uruguayo en una conferencia virtual organizada por la Fundación Libertad, el pasado 25 de julio: “Durante estos meses hubo un estricto autocontrol y censura popular a aquellas personas que no llevaban adelante los cuidados pertinentes. A partir de esta libertad responsable, que rigió sin obligaciones, se generó un empoderamiento en los ciudadanos que va a hacer que a los gobernantes nos tengan muchos más cercanos en el contralor”.

¡Qué distinto a nuestra realidad!

¿Libertad? Como señala el Padre Pedro Opeka, un argentino propuesto varias veces al Premio Nobel de la Paz por su incansable trabajo con los pobres en Madagascar, uno de los países más subsumidos en la pobreza: “No debemos asistir, porque cuando lo hacemos, disminuyendo a la gente, los convertimos en dependientes, casi en esclavos de nosotros. Y Dios no vino al mundo para hacernos esclavos sino para liberarnos, ponernos de pie. Hay que combatir el asistencialismo hasta en la propia familia porque, si no, no dejamos crecer a los hijos. De lo contrario, los hijos se acostumbrarán a recibir todo de los padres, y estos envejecen. Lo mismo sucede con los pobres. El problema en muchos países, incluyendo Argentina, es que los dirigentes políticos se encargan de hacerles creer que el Estado les va a resolver todos los problemas”.

¿Responsabilidad? ¿Cuándo asociamos en nuestra vida cotidiana el resultado de nuestras acciones con nuestra propia responsabilidad y no con la del otro? ¿Cuándo aceptamos que nuestros hijos han sido aplazados porque no estudiaron y no por culpa del otro, de la injusta maestra que el azar les ha deparado? ¿Cuándo admitimos que nuestro equipo ha sido derrotado por su pobre desempeño y no por culpa del otro, del referee inepto o corrupto, según le resulte más satisfactorio a nuestro imaginario? ¿Cuándo?

La educación es una tarea a largo plazo, pero el diagnóstico es claro, no debemos perder un solo día en poner en marcha una reforma educativa que privilegie los valores

de la libertad y la responsabilidad. Imaginémonos tan sólo si lo hubiésemos hecho 20 años atrás, ¿estaríamos enfrentando la pandemia como los estamos haciendo o nuestra sociedad hubiese demandado una estrategia como la descrita por el presidente del Uruguay?

El vivir en una sociedad normal, en una sociedad en la cual se favorezca la igualdad de oportunidades independientemente de la cuna, en una sociedad donde cada hombre sea libre de realizarse tomando los riesgos que desee afrontar, accediendo al fruto de sus decisiones acertadas y pagando los costos de sus errores, ¿de qué depende sino de la educación? De la educación formal, la cual nadie duda debe mejorar y mucho, pero también de la educación en valores. De enseñar a nuestros niños a no temer a la libertad, a preguntar, a cuestionar, pero con la responsabilidad imprescindible, tal como lo remarca Luis Lacalle Pou.

Si deseamos nunca más sufrir los terribles costos que habrá de dejar la actual cuarentena, debemos educar a nuestros jóvenes para el ejercicio de la libertad con responsabilidad, la clase de sociedad que seremos depende de ello.

VI. Coronavirus y Dignidad

Revista Criterio, Julio 2020.

Una nota de ABC News del pasado 14 de abril reporta que si bien el distanciamiento físico es un paso esencial para reducir la transmisión del coronavirus, no es gratis, pues puede ocasionar aislamiento social y sensación de soledad, lo cual numerosos estudios correlacionan con un mayor riesgo de desarrollar un deterioro tanto de la salud mental como física.

El aislamiento social no necesariamente genera una sensación de soledad. La soledad, a diferencia del aislamiento social, es un sentimiento subjetivo. En palabras de Lisbeth Nielsen, directora de la División de Investigación Conductual y Social del Instituto Nacional del Envejecimiento en USA: “la soledad es la “sensación de sufrir estar desconectada de otras personas, que es diferente del aislamiento social que simplemente es no estar cerca de otras personas o no tener conexiones cercanas”.

Tal como lo señala Stephanie Cacioppo, directora del Laboratorio de Dinámica Cerebral, de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chicago: “aunque la soledad y el aislamiento social pueden afectar a cualquier persona independientemente de su edad, las personas de edad son particularmente vulnerables, especialmente en el actual

contexto generado por la pandemia”. Frente a ello, cómo no recordar el episodio vivido en nuestro país hace unos pocos meses.

El viernes 17 de abril se hizo público que, a partir del lunes siguiente, las casi 500.000 personas mayores de 70 años que vivían en la CABA deberían obtener un permiso para salir de sus casas llamando a la línea de la Ciudad, el 147. Un operador les ofrecería alternativas para que dicha salida no sea necesaria y, en caso de no convencerlos, se les solicitaría el DNI y se les otorgaría un código. Dicho código sólo serviría para el mismo día, de necesitar salir al día siguiente deberían solicitarlo nuevamente. Al salir, la persona tendría que portar su DNI, el cual podría ser requerido por la policía para chequear en sus celulares si realmente estaba autorizada. Si salió sin permiso, se le pediría que regrese a su hogar, sin ninguna multa o castigo por la infracción. De negarse a regresar, es un completo misterio que hubiese sucedido.

El domingo 19, la fuerte reacción que generó la medida llevó a que el gobierno porteño anunciase que se modificaría la misma: el permiso se habría de transformar en una sugerencia. Ello fue oficializado a la mañana siguiente: “A los efectos de garantizar el conocimiento de todas las alternativas puestas a disposición por parte de la Ciudad, para evitar que las personas de 70 o más años salgan innecesariamente de su domicilio (...), establécese la necesidad de comunicarse previamente con el servicio de atención ciudadana al número 147”. Es decir que para salir de su hogar, ahora el adulto mayor debería obligatoriamente llamar al 147 y si no lo convencían los argumentos del operador, estaría autorizado. Dicha habilitación duraría 48 horas, en lugar de las 24 horas originales.

Afortunadamente, al día siguiente, el juez en lo Contencioso Administrativo y Tributario porteño Lisandro Fastman declaró la inconstitucionalidad de la prohibición de circular sin autorización previa para los mayores de 70 años. El gobierno no apeló el fallo, con lo cual culminó un corto, intenso y lamentable episodio, el cual debe llevarnos a la reflexión.

Una regulación como la descrita únicamente sería justificable si sus beneficios superasen a los costos que la misma habría de generar. Para quien esto escribe, dicho cálculo estaba lejos de ser correcto, pues no se tomaba en cuenta la dignidad de los afectados, algo tan importante para cualquier ser humano y, ni que hablar, para una persona mayor.

El costo de la fallida regulación era fácilmente identificable. Adultos mayores que deben llevar a cabo un aislamiento social aún por varios meses, recibieron un mensaje

absolutamente paternalista, como si ellos ya no fuesen capaces de discernir. Su dignidad, algo tan preciado para un ser humano que siente cada vez más limitadas sus posibilidades de hacer por razones biológicas, fue innecesariamente dañada sin un claro beneficio que lo justificase.

En la práctica, los adultos mayores generalmente no salen, fundamentalmente porque sus familias se encargan de que así sea, tratando de que se sientan aislados lo menos posible. Dada esta realidad, ¿alguien puede pensar que la mayoría de quienes transitaban por la ciudad no lo habrían seguido haciendo a pesar de la prohibición?

En claro que los costos de la regulación superaban sus beneficios. Mucho más razonable hubiese sido recomendar, pero no establecer, una regulación que afectaba la dignidad de nuestros mayores, al discriminarlos por tener que llevar a cabo un procedimiento distinto al resto de los ciudadanos para salir de sus hogares.

Veamos un sencillo contraejemplo de otras latitudes, contemporáneo a los hechos descriptos. El pasado sábado 18 de abril, la agencia Reuters reportó una declaración del Palacio del Elíseo, la cual expresaba que el Presidente Emmanuel Macron “no quiere que haya discriminación entre los ciudadanos después del 11 de mayo en el contexto de una flexibilización gradual de las medidas de cuarentena y apelará a la responsabilidad individual de los ciudadanos de 65 años o más para permanecer seguros después de que Francia reanude gradualmente su actividad”, el Palacio agregó “que el gobierno está a favor de las recomendaciones en lugar del confinamiento forzado. Las libertades públicas son prioridad para el presidente.”

¡Cuánto más razonable! ¿verdad? Una política de estas características hubiese obtenido beneficios similares, respetaría las libertades individuales y habría evitado los costos que inevitablemente trajo consigo el atentar contra la dignidad de nuestros mayores.

No es un tema menor, frente a la pandemia es necesario hacer todos los esfuerzos posibles para preservar la salud de nuestros mayores, pero no por ello podemos dejar de lado su dignidad, de lo contrario les estaríamos haciendo un daño que ningún virus justifica.

VII. Coronavirus y el Leviatán

Perfil, Agosto 12 de 2020.

El lunes pasado el ex representante Republicano, Ron Paul, publicó una interesante nota motivada por la multitudinaria marcha del sábado en Berlín. En sus palabras: “El hecho es que los europeos se están dando cuenta que las cuarentenas hicieron poco o nada para protegerlos del virus, al tiempo que causaron una catástrofe económica y un sufrimiento humano incalculable”, a lo cual agregó que: “probablemente miraron a su alrededor y se dieron cuenta que Suecia, la cual nunca cerró su economía, no tuvo peores resultados que los países que se han convertido en prisiones al aire libre. No me extraña que la gente empiece a enojarse. Pero lo peor de todo es que están observando como el gobierno de Leviatán arrebató hasta el último pedacito de libertad”.

Aunque Hobbes promovía la idea de este gobernante absoluto (el Leviatán) en el siglo XVII, su teoría hoy encuentra un terreno fértil en la pandemia. Es claro que hay valor en la autoridad porque nos ofrece protección; pero no hay nada gratis, para recibir protección es necesario aceptar cierto grado de sumisión, de pérdida de nuestra libertad.

Uruguay y Suecia han elegido un camino alternativo, optando por el ejercicio de la libertad con responsabilidad, en desmedro de Estados que día a día adoptan cada vez más características propias de un moderno Leviatán. Qué mejor ejemplo de ello que la Argentina.

El lunes hemos tomado conocimiento del Decreto de Necesidad y Urgencia 641/2020, el cual en su art. 9, inc. 2 señala que: “Quedan prohibidos los eventos sociales o familiares en espacios cerrados y en los domicilios de las personas, en todos los casos y cualquiera sea el número de concurrentes, salvo el grupo conviviente. La infracción a esta norma deberá ser denunciada por la autoridad interviniente a fin de que la autoridad competente determine si se cometieron los delitos previstos en los artículos 205 (será reprimido con prisión de seis meses a dos años, el que violare las medidas adoptadas por las autoridades competentes, para impedir la introducción o propagación de una epidemia) y 239 del Código Penal.” Imaginar una mejor ilustración de un Leviatán, difícil, pero examinemos otra, lamentablemente tenemos numerosas para elegir.

El viernes 17 de abril se hizo público que las casi 500.000 personas mayores de 70 años que vivían en la CABA deberían obtener un permiso para salir de sus casas, el cual sólo serviría para el mismo día. Al salir, la persona tendría que portar su DNI, el cual

podría ser requerido por la policía para chequear si realmente estaba autorizada. Si salió sin permiso, se le pediría que regrese a su hogar. Afortunadamente, luego de variados incidentes, un juez declaró la inconstitucionalidad de la prohibición y el tema quedó en la nada. El Leviatán una vez más.

¿Qué país queremos? ¿Una Argentina gobernada por un moderno Leviatán, sea de la ideología que sea, o una Argentina donde reine el ejercicio de la libertad, en un marco de responsabilidad individual? Es hora que la sociedad lo decida.

VIII. El Coronavirus y la Ley de Rendimientos Decrecientes El Economista, Septiembre 16 de 2020.

El pasado 11 de septiembre, el parte del Ministerio de Salud de la Nación mostró un nuevo dato preocupante: la cantidad de pacientes en terapia intensiva por el coronavirus trepó a 3.093, por lo cual la Argentina alcanzó el triste récord de ser la nación con más enfermos críticos del mundo por cantidad de habitantes

Esto no necesariamente implica que los hospitales estén saturados o al borde del colapso. Al respecto, durante dicho reporte diario, Alejandro Collia, subsecretario de Gestión de Servicios e Institutos, recordó que desde el comienzo de la emergencia sanitaria “el Gobierno nacional logró fortalecer el sistema de salud con la duplicación de las camas de terapia intensiva, la puesta en funcionamiento de hospitales en el conurbano y de 12 hospitales modulares”.

Sin embargo, como bien sabe cualquier estudiante de primer año de una licenciatura en economía, la situación sanitaria es mucho más crítica de lo que parece, aun asumiendo que las afirmaciones de Alejandro Collia reflejan plenamente la realidad. Lo positivo, todavía estamos a tiempo de evitar una catástrofe sanitaria.

Veamos los hechos. El 1 de septiembre, la Sociedad Argentina de Terapia Intensiva (SATI) publicó una carta a la sociedad argentina, de la cual me será de utilidad compartir un par de párrafos.

La misma señala que si bien, dado el altísimo nivel de ocupación, “los recursos físicos y tecnológicos como las camas con respiradores y monitores son cada vez más escasos. La cuestión principal, sin embargo, es la escasez de los trabajadores de la terapia intensiva, que, a diferencia de las camas y los respiradores, no pueden multiplicarse. Los intensivistas, que ya éramos pocos antes de la pandemia, hoy nos encontramos al límite de nuestras fuerzas, raleados por la enfermedad, exhaustos por el trabajo continuo e intenso, atendiendo cada vez más pacientes. Estas cuestiones

deterioran la calidad de atención que habitualmente brindamos. También tenemos que lamentar bajas, personal infectado y lamentablemente, fallecidos, colegas y amigos caídos que nos duelen, que nos desgarran tan profundamente”.

Qué mejor aplicación de la ley de rendimientos decrecientes, asociada al nombre de David Ricardo. ¿En qué consiste? Imaginemos, por ejemplo, un restaurant que se vuelve de moda y frente a la mayor afluencia de comensales opta por contratar nuevos mozos. Si bien al principio esta estrategia incrementará el beneficio, dada la mayor velocidad del servicio, conforme el número de mozos aumenta dicho incremento comenzará a disminuir, llegando en algún punto a no convenir seguir contratando más mozos, a no ser que se alquile un local lindero, para expandir la superficie del restaurant.

En términos generales, en un proceso productivo, añadir más de un factor de producción mientras se mantiene constante el resto de los factores generará, tarde o temprano, progresivamente menores incrementos en la producción, pudiendo incluso volverse negativo.

Pero, ¿qué tiene que ver con el coronavirus? Mucho. Han pasado seis meses desde el comienzo de la pandemia y, como bien señala Alejandro Collia, el gobierno ha concentrado sus esfuerzos en dotar de un mayor número de camas a las terapias intensivas, más respiradores, etc., pero el número efectivo de terapistas no tan sólo no ha crecido proporcionalmente, sino que probablemente ha disminuido en virtud de los contagios, el agotamiento y el inimaginable stress laboral al que están siendo sometidos.

El peor de los escenarios. Me atrevo a afirmar que, de no hacerse nada para cambiar esta realidad, todo estudiante de primer año debería afirmar sin duda alguna que la probabilidad de muerte de un paciente que ingresa a una terapia intensiva se está incrementando, si mantenemos constante cualquier otro factor de análisis.

¿Qué hacer para evitarlo? Para comenzar reconocer que, más allá de su vocación, los médicos también comen, sino veamos otro párrafo de aquella carta: “Terminamos una guardia en una Unidad de Terapia Intensiva y salimos apresuradamente para otro trabajo. Necesitamos trabajar en más de un lugar para llegar a fin de mes. Por horas y horas de trabajo estresante, agotador, pese a ser profesionales altamente calificados y entrenados, ganamos sueldos increíblemente bajos, que dejan estupefactos a quienes escuchan cual es nuestro salario”.

Necesitamos apoyar a los médicos terapistas y, para ello, la economía de mercado nos enseña que con aplaudirlos en los balcones no alcanza, ¡debemos pagarles! Simple,

¿verdad? Si no lo hacemos por vergüenza, hagámoslo por miedo. Estamos frente a una catástrofe sanitaria que no evitarán los epidemiólogos desde sus escritorios sino los terapeutas desde las trincheras.

El gobierno podría, por ejemplo, duplicar a retroactividad desde abril el sueldo de los médicos terapeutas y del personal de apoyo, en todos los hospitales públicos y abonar la diferencia de salarios en los centros privados. Ello, más allá de darles nuevas fuerzas a aquellos que están arriesgando sus vidas por nosotros, atraería médicos clínicos para entrenarse como terapeutas en programas intensivos que podrían ser llevados a cabo en los hospitales escuela o cualquier otra institución adecuada para ello. Nada es gratis, siempre existen fines múltiples y de distinta importancia, es el rol de un gobierno el discriminarlos.

Si en marzo pasado se hubiese seguido esta estrategia, distinta sería hoy la realidad en las terapias, pero estamos a tiempo de corregirlo. El camino más largo comienza por el primer paso, no perdamos un día más.

SECCION 3. A MODO DE EPILOGO, UNA PROPUESTA

EL jueves 3 de septiembre, el presidente Alberto Fernández expresó en una charla por Zoom con referentes peronistas, respecto al banderazo del 17 de agosto, que “cuando no hagan falta los barbijos y podamos salir a la calle, vamos a mostrarle a la Argentina lo que es un banderazo. Yo no veo la hora que la pandemia se termine, porque estoy seguro que ese día vamos a salir a la calle y ese día sí va a haber un banderazo. Ese día sí va a haber un banderazo de los argentinos de bien, de los argentinos que queremos al argentino de al lado, de los argentinos que no queremos muertes, de los argentinos que no dudamos que somos libres, de los argentinos que trabajamos para que seamos más libres, sacando el peso de la deuda que teníamos con los acreedores, de los argentinos que nos quedamos y no nos fuimos a Suiza. Ese día vamos a hacer el banderazo. No lo duden, compañeros”.

Una nueva brecha, otra más, en este caso entre los así denominados argentinos de bien y los otros, una nueva brecha en una sociedad que ya se ha acostumbrado a ellas y, por cierto, en estos largos seis meses desde aquel ya lejano marzo, cuando el coronavirus, la pandemia y la cuarentena, comenzaron a ser parte de nuestro lenguaje cotidiano, no ha sido la única. Seis meses que han dividido aún más a una sociedad ya de por sí profundamente dividida. En esta oportunidad, entre quienes respetan la cuarentena a rajatabla y consideran que quienes no lo hacen ponen en riesgo no

solamente sus vidas, sino también la de ellos, y aquellos que se oponen por razones tan válidas como las de los primeros, pues consideran que vivir es también poder ganarse el sustento.

Una sociedad dividida entre los unos y los otros, como en aquella bella película de Claude Lelouch que sigue durante 50 años la historia de cuatro familias de diferentes nacionalidades con una característica en común: su pasión por la música y fuertemente marcadas por sus vivencias durante la segunda guerra mundial.

¿Por qué no imaginarnos, por ejemplo, mientras escuchamos los acordes del bolero y visualizamos a Jorge Donn elevándose, en esa extraordinaria danza final, en la historia de cuatro familias a través de tan sólo seis meses que hoy pueden parecernos 50 años, desde aquel viernes 20 de marzo en que comenzó la cuarentena? Cuatro familias, matrimonios de mediana edad, con hijos aún en edad escolar y propietarios de su departamento, en un mismo edificio de la ciudad de Buenos Aires.

La familia del segundo piso podrían ser pequeños comerciantes, en un local alquilado, como tantos otros. La del tercer piso, personal administrativo calificado en una empresa que afortunadamente no cerró sus puertas. La familia del cuarto, empleados del Estado, y los vecinos del quinto piso, un matrimonio compuesto por una profesora de tenis y un chef que ha trabajado los últimos 15 años en un clásico restaurant que ha cerrado definitivamente, desapareciendo prácticamente sus ingresos al igual que los del matrimonio de pequeños comerciantes. Cuatro familias, en la gran ciudad, cada una con su propia historia de vida, transitando esta tragedia que nos toca vivir.

A esta altura, creo que para el lector es tan claro como para mí, la posición frente a la cuarentena que probablemente habría tomado cada una de estas cuatro imaginarias familias. O acaso se puede dudar que quienes han quedado privados de sus fuentes de ingreso están dispuestos a tomar el riesgo de contagiarse por tener la posibilidad de trabajar y quienes tienen un ingreso seguro, ya sea por tener la fortuna de seguir cobrando su salario mensualmente en una empresa privada que no ha cerrado, o por ser empleados del Estado, acusan de insensibilidad social a los primeros por violar la cuarentena y ponerlos en riesgo al transitar por las zonas comunes del edificio.

En 1962, luego del derrocamiento de Arturo Frondizi, el rabino americano Marshall Meyer, quien durante 25 años vivió en nuestro país, salvó incontables vidas durante el proceso militar y fue el único extranjero invitado por Raúl Alfonsín a formar parte de la CONADEP; expresaba que en la Argentina uno aprendía la lección de la

responsabilidad individual justamente por su carencia, en la Argentina el otro era siempre el deshonesto, el otro no sabía trabajar, no pagaba impuestos, era materialista. Al fin, nos convertimos en una población de otros.

El otro una vez más, los años pasan y tan poco ha cambiado para mejor. Durante estos seis meses se ha generado una nueva brecha, una brecha absurda, una brecha innecesaria, pero no entre aquellos a quienes les importa la vida y aquellos que privilegian la economía. No es la economía, son los seres humanos que ven destruidas sus vidas, al contemplar indefensos como desaparecen sus ahorros de largos años de trabajo y ya, a esta altura, muchos de ellos ni siquiera pueden llevar el mismo pan que llevaban antes a la mesa familiar.

Hoy una nueva división se está gestando, sino preguntémosles a padres de familias si desean que sus niños retornen a las aulas o que continúen educándose en forma virtual; probablemente encontraremos opiniones tan divididas como frente a la cuarentena.

Dicha división no es una peculiaridad de nuestro país. Una encuesta llevada a cabo por Gallup en USA, durante la segunda quincena de julio, reportó exactamente ese resultado. La misma preguntaba a padres de niños menores de 12 años por sus preferencias para la educación de sus hijos. El 36% de los padres respondió que prefiere que sus hijos reciban educación presencial, el 28 % educación online y el 36% restante un híbrido entre ambas formas de aprendizaje. Una clara división en tercios.

Sin duda, el temor al contagio es un factor relevante en las opiniones de los padres. Una encuesta similar realizada por Gallup entre fines de mayo y principios de junio, cuando el número de infectados era mucho más bajo, reportaba que el 56% de los padres preferían la educación presencial y tan sólo un 8% la educación online.

En virtud de esta realidad, el miércoles 5 de agosto, el Senador por Kentucky, Rand Paul, presentó un proyecto por el cual los fondos federales para la educación se asignarían a las familias, no a las escuelas, generándose un múltiple abanico de posibilidades para su uso: home schooling, la escuela pública local u otra escuela pública que tenga clases presenciales, burbujas educativas con pequeños grupos de alumnos, o una escuela privada, ya sea laica o parroquial.

Recordemos aquella nota publicada el mismo día en el Hill, en la cual Rand Paul explicó los fundamentos de su iniciativa. En sus propias palabras: “Es difícil imaginar por qué alguien se opondría a dejar que los padres decidan sobre la escolaridad de sus hijos. Imaginemos si el gobierno dirigiese las tiendas de comestibles de la misma forma

en que maneja las escuelas. Usted no pagaría por sus alimentos; usted pagaría un impuesto y el gobierno lo enviaría a la tienda más cercana a su casa. Ud. no podría decidir qué tienda o qué desea adquirir. Llegaría y le darían la misma bolsa de comestibles a todos por igual, independientemente de lo que necesite o prefiera. Habría una junta de comestibles para decidir lo que abastecerán y un superintendente de comestibles sería el encargado de las contrataciones y despidos, independientemente de la opinión de los clientes”.

Un absurdo, ¿verdad? Pero es así como hoy se maneja la educación en muchos países del mundo, desde ya que en la Argentina.

Frente al coronavirus, cada familia es diferente. Al respecto, hace pocos días Betsy DeVos, secretaria de Educación de los Estados Unidos, publicó una carta abierta dirigida a los padres en la cual señala: “Creemos que las familias necesitan más opciones que nunca para encontrar que es lo más adecuado para sus hijos. Si desean o necesitan enviar a su hijo a la escuela, los apoyamos. Aportaremos financiamiento de emergencia para que las escuelas reabran de manera segura y ofrezcan instrucción en persona. Si el aprendizaje virtual es lo mejor para su familia, los apoyamos. Hemos reservado importantes fondos para mejoras en la educación a distancia. Si desean que sus hijos asistan a una escuela que no sea la escuela pública que le ha sido asignada por su lugar de residencia, los apoyamos. Por ello, respaldamos la propuesta de ley que proporcionaría becas a las familias para elegir el mejor entorno educativo para sus hijos. Al final del día, queremos que todos los padres tengan la posibilidad de tomar la mejor decisión para sus hijos. Cada uno de ustedes necesita ser capaz de elegir lo que es mejor para sus propias familias, porque conocen a sus hijos y sus circunstancias mejor que nadie”.

Mientras seguimos buscando como enfrentar el coronavirus, no olvidemos a nuestros chicos. ¿Por qué no evaluar una legislación similar para nuestro país? Frente al coronavirus, la solución para nuestros chicos está en el Congreso, no en las aulas.

Frente al coronavirus, cada familia es diferente, si nuestros legisladores lo toman en cuenta evitarán gestar otra absurda e innecesaria brecha en nuestra sociedad y salvarán la vida futura de miles de niños, cuyo futuro hoy es por demás incierto.

REFERENCIAS

1) Educación

Suspender las Clases, *Clarín*, Marzo 13 de 2020.

https://www.clarin.com/opinion/suspender-clases_0_2XMhtaD9.html

Coronavirus. Para Levantar la Cuarentena, las Escuelas y Jardines Primero, *La Nación*, Mayo 8 de 2020.

<https://www.lanacion.com.ar/opinion/para-levantar-cuarentena-escuelas-jardines-primero-nid2362641>

¿El Coronavirus Incrementó Nuestra Libertad? *Perfil*, Junio 11 de 2020.

<https://www.perfil.com/noticias/opinion/edgardo-zablotsky-coronavirus-incremento-libertad-educativa.phtml>

Coronavirus y Educación. Una Estrategia Distinta para el Día Después, *Perfil*, Julio 24 de 2020.

<https://www.perfil.com/noticias/opinion/edgardo-zablotsky-coronavirus-educacion-una-estrategia-distinta-para-el-dia-despues.phtml>

Cómo Enfrentar el Peor Legado Educativo de la Pandemia, *Ambito Financiero*, Julio 29 de 2020.

<https://www.ambito.com/ambito-biz/ambito-biz/como-enfrentar-el-peor-legado-educativo-la-pandemia-n5120624>

Si los Chicos no Pueden ir a la Escuela, que la Escuela Vaya a los Chicos, *Infobae*, Agosto 21 de 2020.

<https://www.infobae.com/opinion/2020/08/21/si-los-chicos-no-pueden-ir-a-la-escuela-que-la-escuela-vaya-a-los-chicos/>

No Sobrestimemos el Riesgo de Reabrir las Escuelas, *Clarín*, Septiembre 2 de 2020.

https://www.clarin.com/opinion/sobrestimemos-riesgo-abrir-escuelas_0_caGMgsNdI.html

Si se Declaró a Internet Servicio Público Esencial, ¿Por Qué no a la Educación? *El Economista*, Septiembre 4 de 2020.

<https://eleconomista.com.ar/2020-09-si-se-declaro-a-internet-servicio-publico-esencial-por-que-no-a-la-educacion/>

La Carta que Todo Padre Desearía Recibir, *Revista Criterio*, Septiembre 10 de 2020.

https://www.revistacriterio.com.ar/bloginst_new/2020/09/10/la-carta-que-todo-padre-desearia-recibir/

Escuelas y COVID-19: La Solución Está en el Congreso, no en las Aulas, *Perfil*, Septiembre 18 de 2020.

<https://www.perfil.com/noticias/opinion/edgardo-zablotsky-coronavirus-escuelas-la-solucion-esta-en-el-congreso-no-en-las-aulas.phtml>

¿Cuál es el Riesgo Real de Reabrir los Colegios? *Infobae*, Septiembre 24 de 2020.

<https://www.infobae.com/opinion/2020/09/24/cual-es-el-real-riesgo-de-reabrir-los-colegios/>

2) El Contexto de la Pandemia

¿Cómo Salir de la Cuarentena con Éxito? *Ambito Financiero*, Mayo 5 de 2020.

<https://www.ambito.com/opiniones/cuarentena/como-salir-la-exito-n5100234>

Suecia vs. Argentina: El Tiempo Dirá, *Infobae*, Mayo 20 de 2020.

<https://www.infobae.com/opinion/2020/05/20/suecia-vs-argentina-el-tiempo-dira/>

¿Cuántos son los Muertos Reales por el Coronavirus? *Perfil*, Junio 23 de 2020.

<https://www.perfil.com/noticias/opinion/edgardo-zablotsky-cuantos-son-muertos-reales-por-coronavirus-pandemia.phtml>

Coronavirus, Cuando el Remedio Puede ser Peor que la Enfermedad, *Perfil*, Julio 8 de 2020.

<https://www.perfil.com/noticias/opinion/edgardo-zablotsky-coronavirus-cuarentena-cuando-el-remedio-puede-ser-peor-que-la-enfermedad.phtml>

Las Lecciones de Lacalle Pou para la Argentina, *Infobae*, Julio 29 de 2020.

<https://www.infobae.com/opinion/2020/07/29/las-lecciones-de-lacalle-pou-para-la-argentina/>

Coronavirus y Dignidad, *Revista Criterio*, Julio 2020.

https://www.revistacriterio.com.ar/bloginst_new/2020/08/04/coronavirus-y-dignidad/

Coronavirus y el Leviatán, *Perfil*, Agosto 12 de 2020.

<https://www.perfil.com/noticias/coronavirus/edgardo-zablotsky-coronavirus-leviatan-coronavirus-cuarentena-suecia-uruguay.phtml>

El Coronavirus y la Ley de Rendimientos Decrecientes, *El Economista*, Septiembre 16 de 2020.

<https://eleconomista.com.ar/2020-09-el-coronavirus-y-la-ley-de-rendimientos-decrecientes/>